





PLANETA

CONTEMPORÁNEO

# RELATO DE UN ASESINO

MARIO MENDOZA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustración de cubierta: © Juan Pablo Cadavid

/ © Oscar Abril Ortiz

© 2011, Mario Mendoza

© 2011, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4659-2

ISBN 10: 958-42-4659-3

Primera impresión en esta edición: septiembre de 2015

Segunda impresión en esta edición: febrero de 2016

Tercera impresión en esta edición: noviembre de 2016

Cuarta impresión en esta edición: marzo de 2017

Quinta impresión en esta edición: junio de 2018

Sexta impresión en esta edición: febrero de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## MARIO MENDOZA (biografía)

Nació en Bogotá en 1964. Con el libro de cuentos *La travesía del vidente*, editado por Planeta, obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. En 2002 ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás*. En 2004 publicó el libro de cuentos *Una escalera al cielo*. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009), la obra testimonial *La locura de nuestro tiempo* (2010), *Apocalipsis* (2011), *La importancia de morir a tiempo* (2012) y *Paranormal Colombia* (2014). Su más reciente novela es *Lady Masacre* (2013).



*La naturalidad con que es posible  
deslizarse hacia la locura.*

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

*Tenía el poder de la demencia de mi parte.*

PAUL AUSTER

*Existe cierto tipo de ficciones mediante las  
cuales el autor intenta liberarse de una obsesión  
que no resulta clara ni para él mismo. Para bien  
y para mal, son las únicas que puedo escribir.*

ERNESTO SABATO





# CONTENIDO

|  |     |
|--|-----|
| Capítulo I                                 |     |
| Doctor Jekyll y mister Hyde .....          | 11  |
| Capítulo II                                |     |
| Los tres maestros .....                    | 81  |
| Capítulo III                               |     |
| El descenso a los infiernos.....           | 135 |
| Capítulo IV                                |     |
| En busca del desierto .....                | 195 |
| Capítulo V                                 |     |
| Samsara o la rueda de las apariencias..... | 257 |
| Capítulo VI                                |     |
| El abismo final .....                      | 319 |
| Epílogo.....                               | 345 |



## Capítulo I

# DOCTOR JEKYLL Y MÍSTER HYDE

**M**i celda es un cajón estrecho, mínimo, en el que paso las horas y los días leyendo y observando a través de la única ventana un cielo nublado y grisáceo que en muy contadas ocasiones permite la entrada de los rayos del sol. Leo lo que sea: periódicos, revistas, libros, historietas, lo que caiga entre mis manos. Es la única sensación de libertad que tengo. Y cuando digo libertad me refiero no sólo al placer de no estar atrapado por los cuatro muros de la celda, sino sobre todo al regocijo que siento de ausentarme de mí mismo y de los terribles recuerdos que atenazan mis entrañas en una tortura interminable. La otra libertad, la del sueño, me ha sido negada: sufro de un insomnio atroz que me obliga a vigilar la noche como si fuera una lechuza esperando la caída de sus víctimas.

He pedido un permiso especial para escribir y me ha sido otorgado. Hoy el guardia, con cierta gentileza, me ha entregado tres cuadernos de hojas rayadas, cinco lápices,

dos borradores blancos y suaves, y dos tajalápices metálicos que dejan las puntas finas y afiladas. Sé que contar mi historia no será fácil. Los extraños hilos que me condujeron al crimen, al asesinato vil y despiadado de una persona, se remontan en el tiempo a los primeros años de mi niñez, cuando supe que yo estaba llamado a cumplir un destino oscuro y fuera de lo común. Ahora que puedo verlo todo hacia atrás como quien revisa una película en una videograbadora, me queda claro que sin darme cuenta fui armando palmo a palmo el edificio de mi desgracia. Tejé con precisión milimétrica la red del infortunio y la fatalidad, y el final, como era de suponer, fue mi propia destrucción.

Quise ser en algún momento un gran artista, un escritor virtuoso que penetrara con lucidez y talento los laberintos de su tiempo, y la verdad es que estuve a punto de lograrlo. Pero no, yo no estaba llamado a las cumbres del prestigio y la respetabilidad, no, lo mío siempre ha sido el camino descendente, las rutas de la desdicha. Y está bien así, pues ya despojado de ilusiones y sueños de grandeza, puedo enfrentar con sinceridad, por primera vez, el conmovedor equilibrio espiritual que causa la escritura. En esta oportunidad no escribo creyendo que estoy haciendo una gran obra, convencido de que soy un escritor con obligaciones literarias y artísticas. Ya despojado de la imagen de Narciso, del intelectual enamorado de su propia imagen, me dispongo a un ajuste de cuentas conmigo mismo, a un cara a cara que me permita ahondar en los motivos que me fueron convirtiendo poco a poco en un animal salvaje y solitario que terminó asesinando sin ningún asomo de

misericordia. Este individuo que ahora desliza el lápiz sobre el papel sabe que es un recluso miserable y sólo desea confesar su historia buscando en ese gesto un poco de paz, de sosiego y de tranquilidad interior.

Cierro los ojos y viajo hacia atrás en el largo camino de la memoria.

# 1

**E**l barrio de Santa Ana era a comienzos de los años setenta un lugar donde la clase media acomodada buscaba expandir la ciudad de Bogotá hacia los suburbios del norte. Con grandes zonas despobladas y potreros baldíos a su alrededor, el barrio fue sin embargo creciendo lentamente hasta convertirse en dos barrios diferentes: Santa Ana Oriental, en la parte alta de la carrera Séptima, colindando con las montañas, donde se construyeron grandes mansiones y edificaciones suntuosas, y Santa Ana Occidental, en la parte baja de la carrera Séptima, que terminó siendo un barrio de una clase media inclinada a la rutina, el arribismo y la mediocridad. El caño que bajaba de las montañas por la diagonal Ciento Ocho trazaba a su vez una línea divisoria entre Santa Ana Occidental y el barrio Francisco Miranda, que albergaba en una de sus calles la llamada Cuadra China, sitio donde familias humildes de jardineros y albañiles abrieron tiendas y minimercados para aumentar sus ingresos mensuales. Los hijos de esas familias eran muchachos que asistían a escuelas públicas, rudos, toscos, dados a probar su hombría a golpes, que crecían sin autoridad y sin ley. Sobra decir que nosotros,

los muchachos de la clase media, teníamos que ir a comprar legumbres, frutas, huevos, pan, cigarrillos y refrescos a la Cuadra China, y nos veíamos entonces en la penosa situación de ser blanco de las burlas y las provocaciones de esos jóvenes que nos odiaban por nuestra posición social y nuestra forma correcta de pronunciar las palabras.

Mi caso, para ser sincero, era bastante patético. A los seis años de edad había sufrido una apendicitis que degeneró en una peritonitis. La infección se extendió a gran velocidad y alcanzó a mostrar asomos de gangrena en las regiones cercanas al peritoneo. Otro inconveniente fue que la fístula producto de la cirugía había quedado abierta y no cerraba correctamente. Así las cosas, permanecí siete meses en la clínica, y luego de una reunión general, los médicos de la institución decidieron declararme como «paciente desahuciado», es decir, como un enfermo cuya muerte era cuestión de horas. Recuerdo el instante exacto, a la caída de la tarde, cuando el sacerdote entró con la Biblia en la mano para orar conmigo y darme la extremaunción. Una enfermera perteneciente a alguna orden religiosa lo acompañaba, y, al ver mi cara de sorpresa e ingenuidad, no pudo evitar un llanto triste y nostálgico. Tal vez lloraba por ese hijo que nunca tuvo, por ese hogar que nunca construyó. Acaso sus lágrimas indicaban que por debajo de los hábitos religiosos la voz de la naturaleza le recordaba, sin que ella lo pudiera evitar, su vocación de madre.

—¿Qué sucede? —pregunté con voz ahogada.

—Tranquilo, mi amor, vamos a rezar por ti —me contestó la hermana con dos lagrimones a punto de caer de sus ojos.

—¿Y me voy a mejorar?

—Sólo Dios lo sabe, corazón —afirmó la religiosa.

—Y si Dios es tan bueno, ¿por qué me deja aquí?

—No sé, mi amor... Él es el padre Alberto y va a orar por ti... Tienes que tener fe...

El sacerdote me dio el famoso sacramento de los enfermos y permitió entonces la entrada de mis padres, que habían permanecido destrozados en una sala de espera del corredor, muy cerca de mi habitación. La inminencia de mi muerte los afectaba de manera brutal puesto que habían perdido ya una hija, la mayor, que había nacido estrangulada por el cordón umbilical.

Esa misma noche mi padre se rebeló ante la situación de impotencia desesperada que lo embargaba y decidió hablar con el médico encargado para tomar el mando de la situación. Como profesor universitario de Biología y Medicina Veterinaria tenía conocimientos en la materia.

—No puedo quedarme cruzado de brazos mientras mi hijo se muere —le dijo al médico que me atendía.

—¿Y qué piensa hacer?

—Voy a triplicar la dosis de penicilina.

—El cuerpo del pequeño no va a resistir. Lo va a matar.

—Prefiero eso y no verlo morir sin hacer nada.

—En ese caso usted se hace responsable de lo que suceda.

—No hay problema.



—Tiene que firmar unos documentos.

—Muy bien.

—Sígame por favor.

Mi padre se hizo cargo de mi defunción. Quiso el azar, sin embargo, rescatarme de los brazos de la muerte, y empecé a responder bien al exceso de antibióticos que corría por mi cuerpo intentando liberarlo de una infección maligna que se negaba a desaparecer. Con lentitud, pero también con seguridad, fui sobreponiéndome a la enfermedad y logré por fin entrar en un período de convalecencia. Mi padre y un compañero suyo de trabajo lograron cerrar la fístula y cicatrizar la herida mediante un procedimiento salvaje que solían utilizar con vacas y terneros en las fincas donde a veces eran contratados como veterinarios: raspando panela con un cuchillo sobre la carne lesionada. La panela, o azúcar sin refinar que salía de los trapiches, era considerada en el mundo rural un cicatrizante eficaz y milagroso. Lo cierto es que la abertura fue cerrándose ante la expresión atónita de los médicos, que veían en ello el triunfo del mundo primitivo sobre los nuevos métodos científicos y civilizados de las grandes ciudades.

Las secuelas de tantos meses de estar en cama fueron devastadoras: pérdida exagerada de peso, dolores tremendos en la región lumbar, calambres constantes en los músculos de las piernas que mi madre intentaba calmar con masajes y fricciones, raquitismo y una debilidad general en todo el cuerpo. Supongo que los daños psicológicos debieron ser muchos y graves, pero no soy tan consciente de

ellos como quisiera. Sólo sé que desde entonces aborrezco enfermarme y tener que pedir ayuda a alguien, por mínima que ésta sea. Dependí tanto de los demás en esa época, era tanta mi fragilidad, que detesto aquellos momentos de mi vida en los cuales me he visto en la obligación de solicitar auxilio, y que evocan en mí, claro está, al niño endeble, desfalleciente y vacilante que fui en aquel entonces. Como es evidente, sufro de un malestar físico y mental cuando tengo que visitar consultorios médicos, hospitales o centros de salud. Apenas ingreso en dichas instituciones y percibo el olor inconfundible de los medicamentos y desinfectantes, apenas observo las batas blancas de médicos y enfermeras y escucho los lamentos de los pacientes en las salas de espera, unas punzadas cortantes me atraviesan el cerebro y un ahogo intermitente me impide respirar con normalidad. De igual forma me repugna la dependencia afectiva. En el instante mismo en que empiezo a detectar en mí una dependencia sentimental con respecto a alguna mujer, de inmediato surge el desprecio por mi propia flaqueza, una especie de ira contenida por mi falta de entereza y autosuficiencia. Quiero ser claro en esta explicación: no es que me moleste amar a alguien o sentir la necesidad de afecto, lo que me indigna es la dependencia, el vínculo malsano que conduce a un débil a apoyarse en un fuerte y obligarlo a cargar con su presencia. Creo que durante esos meses de mi infancia soñé tanto con estar saludable y fuerte, imaginé tantas veces que yo era un muchacho atlético y fornido, y anhelé de día y de noche poder valerme por mí mismo sin

la ayuda de nadie, que desarrollé un culto exagerado por la vitalidad y la dureza espiritual.

El día que se convirtió en símbolo de mi mejoría lo tengo muy claro en la memoria: eran las tres de la tarde cuando sentí en todo el cuerpo un hambre brutal, unos deseos de comer que me hicieron salivar y que me obligaron a decir con voz firme y decidida:

—Tengo hambre.

Al lado de la cama estaban mis padres y una tía, hermana menor de mi padre, que vivía alternando su residencia entre Colombia e Italia. Mi padre y ella se acercaron a la cama.

—¿Qué dices? —preguntó mi padre.

—Que tengo hambre —repetí.

Mi padre sonrió. Veía en esa sola frase la frontera entre la vida y la muerte.

—¿Qué quieres comer?

Miré a mi tía, alta, morena, simpática, jovial, siempre con un comentario divertido entre los labios.

—Espagueti —afirmé.

Ella soltó una carcajada y me tomó de la mano.

—Voy a prepararte el espagueti más sabroso de toda tu vida. En media hora estoy de regreso.

Así fue. Mi tía preparó en su apartamento, que quedaba a pocas calles de la clínica, unos espagueti con mantequilla, albahaca, sal, aceite de oliva y queso parmesano. No se

atrevió a cocinar salsas que pudieran afectar mi estómago atrofiado. Y tenía ella razón: jamás un plato de comida volvió a significar tanto para mí. Recuerdo el olor del aceite de oliva y del queso parmesano cuando ella acercó el plato a mi barbilla, la suavidad de la pasta deslizándose por mi boca, el color verde de la albahaca jugando con el salpicado contraste del parmesano, el sabor exquisito de la mantequilla de leche de vaca y el sonido fantástico que hacía mi boca al masticar y devorar cada porción de esa comida bien sazonada, esa comida que me produjo un placer tal, que estuve a punto de echarme a llorar de simple y pura alegría.

Llegué a Santa Ana promediando los seis años de edad. Tuve que guardar cama unas semanas más, y luego, muy lentamente, me fui incorporando y aprendí de nuevo a caminar. La atrofia de las piernas era severa y recuerdo los intensos dolores que me causaron esos primeros pasos. A medida que el tiempo fue avanzando y que logré desplazarme solo —sin apoyarme en nada ni nadie— por las diferentes estancias de la casa, fui sintiendo la necesidad de independizarme, de rehacer mi vida y de regresar al colegio a estudiar como cualquier muchacho normal que anhela tener amigos, una rutina que le organice la cotidianidad, unos libros, unos cuadernos, unos lápices y, lo más importante, unos juegos que le permitan reinventar el mundo, recrearlo desde la riqueza múltiple de la imaginación. Para ello era imprescindible alcanzar primero un punto mínimo de equilibrio físico que me permitiera caminar, subir, bajar y mover los brazos sin la torpeza característica de los enfermos y los lisiados. Me empeñé entonces en fortalecer los

músculos para recuperar el brío y la agilidad que tanta falta me habían hecho durante los últimos meses. Una noche le pedí a mi padre su colaboración:

—Papá, necesito un reloj despertador.

Mi padre se acercó a la cama donde yo dormía y no ocultó la extrañeza que le causaba mi solicitud.

—Pero si todavía no estás en el colegio, ¿para qué quieres un despertador?

No dudé en mi respuesta:

—Quiero madrugar y salir a correr.

Él se sonrió y se dirigió a mí con cierta camaradería:

—Quieres fortalecer esas piernas, ¿eh?

Asentí.

—Muy bien, mañana te lo traigo.

—¿Seguro?

—Prometido.

Me dio un abrazo, apagó la luz de mi cuarto y salió sin hacer ruido.

Dos días después comencé a imponerme un horario estricto en la madrugada para salir a correr. Me costaba un gran trabajo que las piernas respondieran a la disciplina diaria de ejercicio, pero mi obstinación triunfó y cada mañana iba yo viendo los pequeños avances que me permitían albergar esperanzas con respecto a mi recuperación definitiva. Corría alrededor de un modesto parque que quedaba frente a mi casa, y los primeros días las escenas fueron lamentables: trastabillaba con cualquier guijarro o pedrusco

que me tropezara en el camino, resbalaba a cada paso si había llovido la noche anterior, me iba de bruces, perdía el equilibrio, cojeaba, y, lo peor de todo, daba una vuelta o dos y quedaba exhausto, rendido de fatiga y con las piernas adoloridas. Pero volvía a intentarlo al día siguiente, y así, a punta de fuerza de voluntad y de carácter, vi cómo mis piernas se fueron acostumbrando al ritmo que yo les exigía. Las dos vueltas iniciales se convirtieron en cuatro, en ocho, en diez. Mientras tanto, iba aprendiendo también que el deporte es el arte de cómo ser superiores a nuestra más íntima fragilidad, de cómo doblarse sin romperse, de cómo ir más allá del dolor, del cansancio y del agotamiento extremos. Es un desplazamiento constante de los límites que nos rigen y nos gobiernan, y semejante lección sería útil más tarde en otras instancias de mi vida.

Ingresé de nuevo al colegio recién cumplidos los siete años. Había mejorado mucho pero aún continuaba siendo un muchacho endeble, huidizo e inseguro. En el barrio, cuando mi madre me enviaba a comprar alimentos a la Cuadra China, tenía que soportar los insultos y las provocaciones de los jóvenes que trabajaban y vivían en ese sector. Entre ellos había uno en especial, regordete él, de unos diez años, más o menos, apodado el «Chanchó», que no podía verme por ahí cerca porque de inmediato se iba encima a buscarme camorra. Su aspecto sucio y maloliente lo hacía parecer mayor y más duro de lo que era en realidad. Un día me detuvo cerca del caño de la calle Ciento Ocho, justo en el puente que dividía su barrio del mío. Yo llevaba en una bolsa pan, jabón de baño y jugo de naranja.